

Callejón del Gato

Teresa: la toma de la palabra

José Ramón Enríquez

No es algo fácil, inclusive hoy, que una mujer tome la palabra fuera de su casa y en medio de cualquier asamblea, pero era incomparablemente más difícil en la España del siglo XVI. Y era casi imposible si esa mujer venía de una familia con sangre impura, es decir, descendía de una familia judía por más que sus padres ya fueran conversos. Y peor aun, si era nieta de un “marrano” que debió llevar el sambenito en Toledo por haberle encontrado relapso la Santa Inquisición y por tal causa cambiar de domicilio con toda su familia a la ciudad de Ávila para huir de la memoria de una mancha indeleble. Y resulta milagroso si esa mujer sin certificado de limpieza de sangre escogió la vida religiosa como estado civil y lo hizo para no volverse esclava de un marido elegido por conveniencias económicas sino para vivir con un Señor que le permitía crecer en el amor, gracias al silencio y al rompimiento con un mundo que acorrala al más débil. Sí, lo repito, para cualquier mujer de prácticamente todas las épocas y todas las geografías, tomar la palabra en una sociedad de hombres resulta no sólo un ejercicio heroico sino un testimonio de fe. Y así se lo escribe ella misma al Amado elegido por ella y por Él elegida en un párrafo de *Camino de perfección* que le censuraron los inquisidores en múltiples ediciones: “No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas [...] No lo creo yo de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujeres que no tengan por sospechosa...”.

Y, a pesar de todos y de todo, Teresa de Jesús tomó la palabra y no la ha dejado hasta nuestros días.



Diego Velázquez, *Retrato de Santa Teresa de Jesús*

Con la Inquisición pisándole los pies prácticamente todavía, su voz se escucha mientras ella demuestra un milagroso equilibrio entre la ortodoxia dogmática y la heterodoxia que se enfrenta a la tajante orden de san Pablo en su *Carta a los Corintios*: “que las mujeres callen en las Iglesias”. Por obediencia a esta orden se negó Pío XI a declararla Doctora de la Iglesia, en 1923: “Obstat sexus”, su sexo lo impide. También por eso, tras declararla finalmente Doctora, a la luz del Vaticano II y ya en 1970, el siempre hamletiano Paulo VI tuvo que conformar su decisión con la doctrina paulina, diferenciando entre el magisterio carismático (profético) y el magisterio jerárquico: “¿Acaso se quebranta ahora el precepto apostólico? Podemos responder con claridad: no. Realmente no se trata de un título que comporte funciones jerárquicas de magisterio”.

Ni el Vaticano II ni los avances culturales pueden contra la losa sexista de san Pablo. Sin embargo, en la sociedad oscurantista del siglo XVI, ya el Amado había hablado con Teresa al respecto y ella así lo había escrito en una de sus *Relaciones y mercedes*: “Diles que no se sigan por sólo una parte de la Escritura, que miren

otras, y que si podrán por ventura atarme las manos”.

Teresa de Jesús no inventaba para engañar a los varones, tampoco deliraba ni hablaba sola. Realmente oía una voz, la Voz. Fue eso lo que entusiasmó a una de sus biógrafas más inteligentes y propositivas, la investigadora marxista recientemente fallecida Rosa Rossi: “Indagar sobre Teresa significaba indagar sobre alguien que llegó a tener una extraordinaria experiencia de la escritura como escritura dictada”.

Teresa no deseaba tomar la palabra tan sólo para expresar intimidades propias sino para expresar a esa misma Palabra que le hablaba. Coincidió con *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León para quien era la poesía “una comunicación del aliento celestial y divino”. Y en eso también rompía moldes inquisitoriales, porque no sólo le estaba vedado el uso sino también, y sobre todo, la escucha de la Palabra. Para la mujer “y los idiotas sin letras que es lo mismo”, como escribiera el inquisidor Melchor Cano, sólo aves marías a repetir sin sentido una tras otra mientras hacían labores propias de su sexo o las que su idiotéz aconsejara “que es lo mismo”.

Teresa defendió la oración mental para la mujer y, en su *Libro de la vida*, citó a uno de los confesores que mejor la llegaron a entender y más influyeron en ella: “Hay muchas más [mujeres] que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo)”.

Teresa de Jesús desemboca a los espejos de mi Callejón del Gato no sólo para festejar 500 años de su nacimiento antes de finalizar el año jubiloso sino para dejar algún eco desde la cátedra que ganara contra todo. **U**